

La noche oscura de Santa Teresa

(Libro de *Las Moradas*)

Secundino CASTRO SÁNCHEZ, O.C.D.

Madrid

1. Introducción

La noche oscura es uno de los elementos constituyentes de la existencia espiritual de todas las religiones y una realidad polivalente. Se refleja en estados de conciencia, en los que todos los parámetros de la fe como verdades seguras y claras se desestabilizan¹. El último estadio de la misma es la percepción de incapacidad sustancial de Dios que angustia al hombre. Aquí radica lo que Juan de la Cruz denominará noche oscura en sentido propio², aunque luego la extenderá a otros momentos de menor intensidad³. La noche, actuación amorosa de Dios⁴, tiene por objeto la recreación del ser, su despliegue, para que Dios advenga señor y amigo en su propio estilo⁵. Aunque se percibe como ausencia, es presencia amorosa cualificada⁶.

En este tema, deben distinguirse el símbolo –noche oscura– y su contenido. Teresa no desarrollará el primero, pero sí nos hablará ampliamente del segundo. Muchos de los elementos teresianos pasarán al pensamiento sanjuanista. De tal modo, que yo he llegado a sospechar que la fuente principal de Juan de la Cruz en este tema, en cuanto a contenidos, no a emoción poética y a reflexión teológica, es la misma Sta. Teresa⁷; aunque la bibliografía

¹ Cf S. JUAN DE LA CRUZ, 2N 16,4. Tanto las obras de S. Juan de la Cruz como de Sta. Teresa son citadas por sus respectivas siglas: Ll: *Llama de amor viva*; N: *Noche oscura*; S: *Subida del Monte Carmelo*; CE: *Camino de perfección* de El Escorial; CV: *Camino de perfección* de Valladolid; Cta: *Cartas*; F: *Fundaciones*; M: *Moradas*; V: *Vida*. Si un número precede a la letra, se refiere al libro. Tras la letra correspondiente van los datos del capítulo y el número.

² Cf 2N 9,3; 5,1.5; 2N 1,3. «Todo lo más que padece y siente en los trabajos de esta noche es ansia de pensar si tiene perdido a Dios y pensar si está dejada de él» (2N 13,5). Cito las Obras de S. Juan de la Cruz por la edición de Editorial de Espiritualidad (EDE): S. JUAN DE LA CRUZ, *Obras Completas*. Revisión textual, introducciones y notas al texto, de J. V. Rodríguez. Introducciones y notas doctrinales, de F. Ruiz Salvador, EDE, Madrid 1993⁵.

³ Cf S. CASTRO, *Hacia Dios con San Juan de la Cruz*, EDE, Madrid 1986, 87-91; cf 2N 3,1; Ll 1,18-26.

⁴ Cf 2N 5,1; 12,1. «Siente el alma que es de tanto precio esta pena, que entiende muy bien no la podía ella merecer» (6M 11,6). STA. TERESA DE JESÚS, *Obras Completas*. Edición manual. Transcripción, introducciones y notas, de E. de la Madre de Dios, O.C.D. y O. Steggink, O. Carm., BAC, Madrid 1986⁸.

⁵ Cf 2N 9,5.

⁶ Cf 2N 5,1; 2N 9,1.5; 2N 2,1-7.

⁷ Se ha discutido mucho sobre las fuentes del Santo. Es seguro que había leído las obras mayores de Teresa antes de su impresión. Cf S. JUAN DE LA CRUZ, *o.c.*, 746s. Tomás Álvarez opina también que los contenidos de la noche sanjuanista están inspirados en parte en la

sobre la noche oscura teresiana incomprensiblemente sea casi inexistente, y los tratadistas de la Santa no se detengan en este período espiritual, contentándose en poquísimos casos con meras alusiones⁸ o simples lugares comunes.

Recientemente abordé el tema en la autobiografía teresiana⁹. Allí pude comprobar que la noche se infiltra en los grandes espacios de luminosidad, tan característicos de ese libro. Cuando comencé el presente estudio, pensé hurtarle a Juan de la Cruz las palabras «noche sosegada», para definir la de Teresa, pero finalizado, no dudo en afirmar que su noche no es menos oscura que la sanjuanista ni menos traumática que la de Teresa de Lisieux. Y abrigo la sospecha de que ella, que confiesa que escribe «para engolosinar» (V 18,8), ha sentido la tentación de ocultarla un tanto¹⁰. Pero no dudará en afirmar haber experimentado después del matrimonio espiritual «males interiores de sequedad y oscuridad en el alma grandísima» (F 21,4). Los capítulos primero y último de Sextas Moradas describen una noche que contiene, como veremos, prácticamente los mismos elementos que la noche pasiva del espíritu del místico poeta. No hace falta recordar que la noche y la sequedad se producen por el exceso de Dios y de su dulzura, que advienen sigilosos al hombre, incapacitado para gustarlos¹¹.

2. Noche ya en la misma elaboración del libro

Cuando Teresa recibe el mandato de escribir se encontraba en una situación anímica crítica. La menos apta para elaborar un libro que ella soñaba como memorial definitivo y último de su secreta historia con Dios. Sabemos que estaba convencida de que el Señor había deseado la composición de la autobiografía¹². Lo sucedido desde entonces había sido todavía más

experiencia teresiana: *Comentarios a «Vida», «Camino» y «Moradas» de Santa Teresa. Para la reflexión y oración personal y de grupo*, Monte Carmelo, Burgos 2005, 257.

⁸ En la magnífica síntesis de J. Castellano, *Espiritualidad teresiana. Experiencia y doctrina*, en A. BARRIENTOS (ed.), *Introducción a la lectura de Santa Teresa*, EDE, Madrid 2002², 157-281, no se estudia este tema. Conviene, sin embargo, reseñar una tesis doctoral en Filosofía que aborda el símbolo de la noche en Sta. Teresa y en S. Juan de la Cruz, más en este último: M. L. H. SMITHERAM, *The symbol of Night in the Works of Santa Teresa de Jesús and San Juan de la Cruz*, University of California, Berkeley 1977. Una pequeña síntesis de su pensamiento puede verse en ID, *Santa Teresa y la «noche oscura del alma»*, en M. CRIADO DEL VAL (dir.), *Actas del I Congreso Internacional sobre Santa Teresa y la Literatura Mística Hispana*, E.D.I.S.A., Madrid 1984, 339-342. El conocido especialista Tomás Álvarez, en o.c., 656-659, lee como noche pasiva del espíritu el c. 1º de las Sextas Moradas.

⁹ S. CASTRO SÁNCHEZ, *La noche oscura de Santa Teresa. Experiencia de noche en el libro de la Vida*, en E. ESTÉVEZ-F. MILLÁN (eds.), *Soli Deo Gloria. Homenaje a Dolores Aleixandre, José Ramón García-Murga, Marciano Vidal*, Universidad Pontificia Comillas, Madrid 2006, 67-86.

¹⁰ Es muy sugerente a este respecto el título del c. 33 (CE): «En que trata cómo por diferentes vías nunca falta consolación en el camino de la oración», y añade en el del c. 20 (CV) «y aconseja a las hermanas de esto sean sus pláticas siempre».

¹¹ Cf 2N 13,2. Se pueden citar no pocos textos sanjuanistas en este sentido. Sta. Teresa se fija más en lo purgativo, como preparación para acceder a un estadio superior (6M 1,15).

¹² «Y aun el Señor sé yo lo quiere muchos días ha, sino que yo no me he atrevido» (V pról., 2).

hermoso. Habría de elaborarse con el máximo cuidado y exactitud. Pues bien, en los momentos en que la autora se dispone por obediencia a sus superiores a dar principio a la obra, su Reforma religiosa, su mayor sueño, estaba en peligro de extinción¹³, su Autobiografía, incautada por la Inquisición, a ella se le había obligado a recluirse en un convento, atándole las manos en los asuntos de su Reforma, y sus amigos y protectores han perdido poder o han sido removidos de sus cargos. Y por si fuera poco, se siente vieja y achacosa, con dolores de cabeza tan intensos que «aun los negocios forzosos –confiesa– escribo con pena» (M pról., 1). Además, se siente sin ánimo. Dice: «No me parece me da el Señor espíritu para hacerlo [el escribir] ni deseo» (M pról., 1), y sumamente incapacitada: «Algunas veces –recuerda– tomo el papel como una cosa boba que ni sé qué decir ni cómo comenzar» (1M 2,7).

Para Teresa esta situación constituía un verdadero martirio. Algunos alegan que se le había escapado en alguna ocasión el deseo de poder poner por escrito las experiencias habidas después de la redacción de la autobiografía; debería encantarle el mandato. Aun así, más se acrecienta su noche. Por su mente, sin duda, se dibujaría que al igual que peligraba su Orden y su autobiografía por la persecución de sus enemigos, ahora podían peligrar sus *Moradas* por su propia incapacidad. Por cuanto nos dice después de concluir las, sabemos que ella soñaba con una obra definitiva. Veamos cómo disfruta comunicando esta superioridad de *Moradas* sobre *Vida*: «Sábese cierto que está en poder del mismo aquella joya [el libro de la *Vida*], y aun la loa mucho, y así hasta que se canse de ella no la dará, que él dijo se la miraba de propósito. Que si viniese acá el Señor Carrillo dice que vería otra [el libro de las *Moradas*] que –a lo que se puede entender– le hace muchas ventajas, porque no trata de cosa sino de lo que es Él, y con más delicados esmaltes y labores, porque dice que no sabía tanto el platero [Teresa] que lo hizo entonces, y es el oro de más subidos quilates, aunque no tan al descubierto van las piedras como acullá. Hízose por mandato del vidriero [Jesucristo], y parécese bien a lo que dicen»¹⁴.

En medio de esta noche de escritora, se decide a tomar la pluma con la confianza puesta únicamente en Dios: en pura fe (M pról., 1). Los dolores inmensos de cabeza siguieron hasta el final (1M 2,7; 4M 1,10). Así nos lo revela ella misma: «Porque han pasado cinco meses desde que lo comencé (...) y como la cabeza no está para tornarlo a leer, todo debe ir desbaratado y por ventura dicho algunas cosas dos veces» (5M 4,1).

¹³ Cf para toda esta problemática, J. VICENTE RODRÍGUEZ, *Castillo interior o las Moradas*, en BARRIENTOS, o.c., 466-470; STA. TERESA DE JESÚS, *Castillo Interior y Cuentas de Conciencia*. Edición, introducción y notas de S. Ros García, BAC, Madrid 2006, 9-16.

¹⁴ Cta 212; Ávila, 7 de diciembre de 1577.

3. La noche oscura en el libro

3.1. *La luminosidad de los orígenes*

La autobiografía termina en una explosión de luz, con el centro del hombre esculpido en Cristo resucitado. En otro lugar he probado ampliamente que el final de *Vida* hace inclusión con el principio y final de *Moradas* (V 40,5; 1M 2,3; y 7M 2,10). Parece que la autora sufrió un pequeño «lapsus» suponiendo el texto de V 40,5 como si perteneciera al principio de *Moradas* (cf V 40,5 y 7M 2,10). Junto a estos textos de luz, como contrapunto (V 40,5; 1M 2,2-3)¹⁵, encontramos otros de oscuridad o tiniebla, debidas a la ruptura de relación con Dios. Curiosamente, dentro de los de oscuridad hace alusión al comienzo de *Moradas* (1M 2,2) a su experiencia del infierno, relatada ampliamente en *Vida* (32,1ss). Teresa inicia su marcha, pues, desde la noche del hombre hacia el fondo del ser, donde se halla la luz, el sol (V 40,5; 1M 2,3: «Es de considerar aquí que la fuente y aquel sol resplandeciente que está en el centro del alma...»¹⁶). También Juan de la Cruz en *Llama de amor viva* toma esta dirección.

Recuperar la luminosidad del ser en fuga nupcial en la noche hacia la aurora del yo, donde se oculta Cristo, sol que brilla en el centro del alma (V 40,5), será el propósito del libro. El hombre se halla en noche oscura, en este caso –como hemos dicho–, por falta de comunión con Dios. Ella nos describe así la situación: «No se puede representar ni ver este Señor, aunque esté siempre presente dándonos el ser» (V 40,5). «No hay tinieblas –dice– más tenebrosas ni cosa tan oscura y negra que no lo esté mucho más» (1M 2,1). Aunque no se hable de noche oscura, estas imágenes, sin duda, la evocan.

3.2. *Una voz desde el fondo (2M)*

Pero la palabra de Dios viene a recrear el ser (2M 1,5). Esa voz, que no es como las palabras que Teresa escuchará más adelante (6M 3,1ss.), empieza a percibirse como claridad que

¹⁵ Este conjunto de textos da suficiente razón de cómo se fue gestando en Teresa la imagen y el símbolo de *Moradas*. No es necesario acudir a esa supuesta visión de la que habría gozado la autora antes de dar principio a la obra, de que nos habla Diego de Yépés (cf *Procesos de beatificación y canonización de Sta. Teresa de Jesús* II, ed. P. Silverio de Santa Teresa, [Biblioteca Mística Carmelitana 19 – II], Monte Carmelo, Burgos 1935, 490-505).

¹⁶ Cf M. DE CERTEAU, *Culturas y espiritualidades*, Concilium 2 (1966) 192s.

ilumina tenuemente en la noche objetos que hasta ahora resultaban opacos (2M 2,1). Todo comienza a recobrar un cierto sentido. Es la primera lucecita en la noche del hombre.

Y ahora Teresa nos habla de otro tipo de oscuridad. El viajero hacia la aurora del yo no debe buscar ningún gusto ni asentarse en nada en su marcha (2M 2,7)¹⁷. Las similitudes con el cantor de la noche en este caso son evidentes y las famosas nadas sanjuanistas se insinúan al fondo. La relación con Dios debe establecerse desde la fe. El gusto o el sabor en esta relación no cuentan: «Abrazaos con la cruz –dirá–, lo demás como cosa accesoria» (2M 2,7)¹⁸. Y a continuación cita un texto con alusiones a Juan y Mateo (2M 1,12), cuyo trasfondo nos recuerda al Mesías traspasado de Juan (19,37), y a Nicodemo, a quien en plena noche se le invitaba a mirar al Crucificado (Jn 3,11-16)¹⁹.

3.3. *La Noche en el seguimiento cualificado (3M)*

Ya lo cristiano toca el ser del seguidor (3M 1,5), que tiene momentos de relación con Cristo, aunque organiza su vida muy desde la razón. Posee los sentimientos del rico del evangelio (3M 1,5.7); pero éstos obviamente no son suficientes para dar alcance a los de Cristo (3M 2,3). Teresa le invita a la desnudez y dejamiento de todo (3M 1,8). *Desnudez y dejamiento*, dos palabras claves de esta morada, que evocan numerosos textos del autor de la *Subida del Monte Carmelo*²⁰.

Pero en seguida se aludirá a otro tipo de noche, que menciona, pero que no comenta: «Y dejo unos trabajos interiores –dice–, que tienen muchas almas buenas, intolerables, y muy sin culpa suya, de los cuales siempre las saca el Señor con mucha ganancia y de las que tienen melancolía y otras enfermedades» (3M 1,5). Y prosigue: «Digo que dejo los trabajos grandes interiores que he dicho, que aquellos son mucho más que falta de devoción» (3M 1,7)²¹. Y como remate de esta doble noche, precisa: «No pienso que da muchos gustos, si no es alguna vez para convidarlos con ver lo que pasa en las demás moradas, porque se dispongan para entrar en ellas» (3M 2,9). Y para que no nos quedemos en mera comprensión humana de la fe

¹⁷ Cf 1S 14,2.

¹⁸ Cf 1S 14,2.

¹⁹ Cf 1S 14,3.

²⁰ Estaríamos en la purificación activa del espíritu (2-3S).

²¹ Alusión clara a la noche pasiva del sentido (1N).

pide al Señor que nos pruebe, porque «no está aún el amor para sacar de razón» (3M 2,7). «Sacar de razón» es para Juan de la Cruz una de las características de la noche²².

3.4. *Noche en los parpadeos de la aurora (4M)*

Aquí Teresa sitúa el inicio de la mística. Hasta este momento los sentidos del hombre se hallaban todavía «enajenados» (4M 3,2), alienados –diríamos hoy–. La descripción que nos brinda del primer estadio místico es sencillamente primorosa (4M 3,2). Habla de Jesucristo, rey y pastor, que desde nuestro interior, donde mora, arroba todo nuestro ser. La enajenación anterior la ha descrito como noche, pero ahora se produce una nueva, al ser trasladados los sentidos a otro ámbito de percepción²³. Embelesado por esta sensación, el espiritual siente la tentación de querer permanecer en ella cuando ha cesado, ahuyentando de sí toda imaginación corpórea. Gravísimo error, sobre todo si ésta incluye la Humanidad de Cristo. Este breve desacuerdo constituyó para ella una profunda y oscura noche de dolor y de zozobra (6M 7,5ss.).

Otra de las experiencias del presente estadio se refiere a la oración llamada de quietud, fuente que anega o aroma delicioso que extasía (4M 2,4). Ante esta experiencia gustosa, Teresa aconseja inclinarse al padecer y a la imitación del Señor (4M 2,10) como hacen los verdaderos espirituales (4M 2,10; cf 4M 3,11)²⁴. La sintonía con el cantor de la noche es más que evidente.

Tampoco aquí se logra ahuyentar la oscuridad. Enseña nuestra maestra: «Porque hasta que la experiencia es mucha queda el alma dudosa de qué fue aquello, si se le antojó, si estaba dormida, si fue dado de Dios, si se transfiguró el demonio en ángel de luz. Queda con mil sospechas y es bueno que las tenga» (5M 1,5); noche, por tanto.

3.5. *Dios se deja sentir (5M)*

La oración de unión resulta un salto cualitativo con respecto al estadio precedente (5M 1,11; 2,9), pues «fija Dios a sí mismo en el interior de aquel alma» (5M 1,8). Se produce «una muerte sabrosa, un arrancamiento del alma de todas las operaciones que puede tener,

²² Cf 2S 6.

²³ Cf 1N 10.

²⁴ Cf 1S 1,4; 7,2; Ll 3,74.

deleitosa (5M 1,4). Todas las potencias quedan absortas. Además de esta unión de índole mística, se habla de otra, de tipo ascético, por la que muestra sus preferencias (5M 3,2; cf 5M 3,5). En la unión mística o «regalada», como también la denomina, la experiencia se percibe, pero no se puede explicar (V 18,14; cf 5M 1,9)²⁵. A pesar de todo, Teresa considera esta noche «sabrosa» (5M 1,4). Noche embriagadora (5M 1,13). La comprensión del fenómeno se produce después, y en esta ambigüedad veo yo las sombras de la noche, que sigue amenazante (5M 1,10). Pero quizás la noche de toda esta experiencia quede expresada en las siguientes palabras referidas a la unión no mística o unión de voluntad: «Es la que está más clara y segura» (5M 3,5); y añade: «Ninguna cosa se os dé de estotra unión regalada (...) que lo que hay de más precio en ella es por proceder de ésta» (5M 3,3). Crítica profunda a lo místico, señalando como último criterio la verdad de las obras y del amor al otro (5M 4,9; 3,11; 3,9; 2,9).

Otra nota de oscuridad que se cierne aquí es la posibilidad de no ser fieles a tantas gracias (5M 4,6-10). Pero la prueba más dura es ver que Dios no es amado (5M 2,7). Dolor «insufrible», que alcanza su punto más encumbrado cuando el hombre considera cuál sería el de Jesús al enfrentarse con este fenómeno (5M 2,14).

Pero que la noche se haga presente en este tiempo lo afirma expresamente la misma Teresa: «Y quien dijere que después que llegó aquí siempre está con descanso y regalo, diría yo que nunca llegó, sino que por ventura fue algún gusto, si entró en la morada pasada y ayudado de flaqueza natural» (5M 2,9).

3.6. *La Noche en par de los levantes de la aurora (6M)*

Más de la mitad del libro del *Castillo interior* lo ocupan las Sextas Moradas. Aquí se da la verdadera noche, que coincide en parte con la más oscura de S. Juan de la Cruz. Los capítulos primero y último de estas Sextas Moradas principalmente se consagran a ella. Teresa pone una noche previa al desposorio y otra posterior al mismo y anterior, por consiguiente, al grado de matrimonio o transformación en Cristo.

Arrobamientos, ímpetus, palabras y vuelos de espíritu van troquelando a la persona hacia nuevos modos y luces. En este mismo sentido han de leerse las diversas experiencias de Cristo. Y, aunque éste –según Teresa– se manifiesta como «luz que no tiene noche, sino que,

²⁵ Esta transposición de las potencias o de los centros de captación del ser quedan magistralmente descritas por Juan de la Cruz (2N 3,3; 9,3; 16,7).

como siempre es luz, no la turba nada» (V 28,5), también en algunos momentos le alcanza la noche «cuando quiere el Señor –añade la Santa– que padezca el alma una sequedad y soledad grande que diré adelante, que aun entonces de Dios parece se olvida» (V 28,9). También la luz de Cristo se le esconde al alma.

3.7. *Ascenso al misterio de Dios*

Después de las experiencias cristológicas, Sextas Moradas registran otras relaciones con la divinidad. En visión intelectual percibe cómo se hallan en Dios todas las cosas (6M 10,2-3), y cómo el pecador ejecuta su acción no sólo en la presencia de Dios, sino dentro del mismo Dios. Esta experiencia fue para ella demoledora. Allí comprendió que Dios es la única verdad (6M 10,6). A la luz de esta verdad todo lo humano palidece y a la vez se enciende.

4. **La verdadera noche de Santa Teresa**

Ya hemos advertido que Juan de la Cruz habla de varias noches, aunque él sostiene que la auténtica se refiere a la noche pasiva del espíritu, que narra admirablemente en el segundo libro de esta obra. También Sta. Teresa, aunque no use esa terminología, nos hablará de una noche semejante aquí en Sextas Moradas.

4.1. *Noche en la experiencia permanente del pecado*

La experiencia pecadora del hombre –según Teresa– no se extingue nunca; al contrario, se aumenta al ritmo del crecimiento espiritual (6M 7,1), y el dolor no se aquietá jamás (6M 7,2)²⁶. La pena aprieta con la comunicación de la gracia: «Porque en estas grandezas que le comunica, entiende mucho más la de Dios» (6M 7,2). Desde aquí se comprende que Teresa y en general los místicos se sientan de verdad pecadores profundos. En pleno período iluminativo escribirá: «Esto de los pecados está como un cieno, que siempre parece se aviva en la memoria y es harto gran cruz» (6M 7,2). El que el pecador se experimente perdonado de

²⁶ Cf 2N 10,8.

forma absoluta no aminora la congoja, pues «añade a la pena –afirma Teresa– ver tanta bondad y que se hace mercedes a quien no merece sino injuria» (6M 7,4)²⁷.

4.2. *Noche oscura horrenda*

Lo más propio de esta noche teresiana se halla en el hecho de que el hombre percibe con casi absoluta claridad que Dios no es para él (6M 1,3)²⁸. Sabe que Dios es amor, pero se siente esencialmente indigno de ese amor, y ve que ni el mismo Dios en su esencial bondad es capaz de modificar esa situación (6M 1,9.11). De ningún modo la noche supone la duda sobre la existencia de Dios (6M 1,11). Y esto ni siquiera en el caso de Teresa de Lisieux, según las interpretaciones más seguras²⁹. Otra de las peculiaridades de la noche se refiere a la pureza del hombre, que en ninguna circunstancia de forma consciente se apartaría de la voluntad divina. La noche es sumamente positiva, noche de pasión amorosa, noche que surge de un amor imposible; de ahí la tensión y la angustia³⁰.

La noche alcanza también al cuerpo y a veces empieza por él, desestabilizándose todo el conjunto. La noche tiene momentos tan intensos que si no fueran suavizados peligraría la misma vida. Tanto Teresa como Juan de la Cruz hablan de estas interrupciones (6M 1,10; 2N 19,4; 6M 1,2).

La primera percepción de la noche en el caso teresiano es que «parece entonces que está todo perdido» (6M 1,3). Ella aquí nos remite a su propia experiencia. Le decían que estaba engañada, que quería aparentar, que todo lo suyo tenía origen diabólico. Y esto, dicho por personas de Iglesia o amigos a quienes ella en principio daba mucho crédito. Llegó a pensar que incluso le negarían la absolución, o más aún, que nadie la querría confesar. Piénsese que esto estaba acaeciendo en los momentos más temibles de la Inquisición. Estas murmuraciones que ahora la atormentaban y la envolvían en un mar de dudas y perplejidades, más adelante, pasada la noche, le resultarían «como una música muy suave» (6M 1,6). Y a quienes le hacían tanto daño les tomaba «un amor particular muy tierno» (6M 1,6).

Ya hemos dicho que los desajustes corporales pueden entrar como otros elementos a formar parte del desencadenamiento de la noche. Dice de sí misma: «Yo conozco una persona que desde que comenzó el Señor a hacerle esta merced (...) –que ha cuarenta años–, no puede

²⁷ Cf 2N 7,7; 10,2.8.

²⁸ Cf 2N 7,7; 9,7; 2N 13,5.

²⁹ Cf J. F. SIX, *Una luz en la noche. Los 18 últimos meses de Teresa de Lisieux*, San Pablo, Madrid 1996, 46.

³⁰ Cf 6M 11,6; 2N 7,7.

decir con verdad que ha estado día sin tener dolores y otras maneras de padecer» (6M 1,2). Y enseguida observa: «Mas yo siempre escogería el padecer siquiera por imitar a nuestro Señor Jesucristo, aunque no hubiese otra ganancia en especial, que siempre hay muchas» (6M 1,7). Hasta aquí sólo se ha referido a penas exteriores.

Entre las interiores, se fija primeramente en la contradicción del confesor que atribuye su experiencia a origen diabólico o psíquico. Ella siente la verdad en su interior, pero los representantes del Señor juzgan las cosas de otra manera. La zozobra y la angustia hacen en ella profunda mella. Más tarde comprenderá el valor de estos momentos de oscuridad. En fin, noche todavía no cerrada, por esa iluminación interior que no se ha extinguido del alma. La pena se hace insufrible cuando se junta con esto el dolor del pecado pasado. Le ronda la tentación de que quizás por esas infracciones Dios permite que ahora sea engañada. A veces, una ráfaga de luz apaga esta tempestad, pero dirá Teresa que esto «es cosa que pasa de presto» (6M 1,8). La noche alcanza su cumbre «cuando vienen unas sequedades que no parece que jamás se ha acordado de Dios, y que como una persona de quien oyó decir desde lejos, es cuando oye hablar de su Majestad» (6M 1,8).

La pena se aviva también cuando le ciega la idea de que informó mal a sus confesores. Llega hasta sentir que está reprobada por Dios (6M 1,9). Este pensamiento lo achaca al demonio, a quien Dios permite que la pruebe. Y ahora compara sus penas a las del infierno. No se olvide la famosa visión de éste, que nos relata en el libro de la *Vida*. ¿Experimentó Teresa lo que significaba la condenación?, ¿la carencia de Dios?, ¿el deseo insufrible de no poder verle nunca? Veamos las palabras de *Moradas*: «Porque son muchas las penas que la combaten con un apretamiento interior de manera tan sensible e intolerable, que yo no sé a qué se puede comparar, sino a las que padecen en el infierno porque ningún consuelo se admite en esta tempestad» (6M 1,9). La noche se cierra, no hay escapatoria alguna. Los confesores (alguno lo manifestará más tarde) se sienten como interiormente forzados a ir contra ella. Si acude a los libros, no le dicen nada y además es incapaz de retener lo leído. No ve en sí ninguna virtud, ni que tiene amor de Dios ni que lo tuvo algún tiempo. Las gracias (mercedes) «le parecen cosa soñada y que fue antojo, los pecados ve cierto que los hizo» (6M 1,11). No puede rezar, le hace daño la soledad, no le consuela estar con nadie. «El mejor remedio –dice– es entender en obras de caridad y exteriores y esperar la misericordia de Dios» (6M 1,13).

Pero la noche horrenda no es continua. Cristo la detiene por amor al alma y para que no desfallezca. Dice Teresa: «A deshora, con una palabra suya o una ocasión que acaso sucedió, le quita todo tan de presto que parece no hubo nublado en aquel alma, según queda

llena de sol y de mucho más consuelo» (6M 1,10). Texto muy similar a éste de Juan de la Cruz: «Dale Su Majestad muchas veces y muy de ordinario el gozar, visitándola en espíritu sabrosa y deleitablemente; porque el inmenso amor del Verbo Cristo no puede sufrir penas de su amante sin acudirle» (2N 19,4).

4.3. *De noche hacia las cumbres de la almena*

La gracia del desposorio a la que acompañan otras muchas tiene lugar después de la noche que acabamos de relatar. Pues bien, el gemido del alma también aquí –como dice Juan de la Cruz– no se apaga (6M 11,1). Crece el amor, crece la pena por la herida de la ausencia, que se aviva al escuchar cosas de Cristo, noticias de Dios. Surge del interior como un ímpetu junto con una vivísima noticia de la ausencia de Dios. Es el grito sin consuelo del «muero porque no muero». La presencia de Dios es la sustancia del deseo del alma. Teresa compara ahora estas ansias «insufrideras» con las del purgatorio. Dice: «Yo vi una persona así [ella misma] que verdaderamente pensé que se moría y no era mucho maravilla, porque cierto es gran peligro de muerte, y así, aunque dure poco deja el cuerpo muy descoyuntado, y en aquella sazón los pulsos tiene tan abiertos como si el alma quisiera ya dar a Dios» (6M 11,4). Hasta ahora se conformaba su voluntad con la de Dios de no verle por el momento; ahora, aunque tiene la conformidad, no tiene el sentimiento. «Siente una soledad extraña» (6M 11,5). Entre el cielo y la tierra, sin hacer asiento en nada, con sed insaciable y ardiente de Dios como en el infierno. En una Pascua de Resurrección sintió ella particularmente esta pena; estas angustias de los fuegos del amor (6M 11,9). Experiencia tan extrema produce incontables efectos, entre los que es imprescindible reseñar: el deseo de solo Dios y un arrancarse de raíz de la criaturidad.

4.4. *Levísimas sombras de noche en las cumbres (7M)*

Enseguida, la autora nos recordará las tinieblas de donde venimos (7M 3,1); y que en los estadios precedentes no existen la paz ni la luminosidad plenas (7M 1,6-7). Las experiencias ahora se realizan en el centro del alma (7M 2,3). La comunión con Dios Trinidad ya es permanente, sin la conmoción anterior, salvo raras excepciones (7M 3,12; cf 7M 1,10).

Pero todavía se detectan levísimas sombras. Dice: «Vive con ordinaria pena y confusión en ver lo poco que puede hacer» (7M 2,12). Se siente como el publicano (7M 3,14). La aqueja el mismo temor que a esos espirituales que «a veces temen que como una nave que va muy demasiado cargada se va a lo hondo, no les acaezca así» (7M 3,14). Y finaliza en alusión a nuestra noche con estas palabras: «Yo os digo (...) que no les falta cruz, salvo que no les inquieta ni hace perder la paz, sino pasan de presto, como una ola, algunas tempestades, y torna bonanza» (7M 3,15).

5. Conclusiones

1. La noche en sentido estricto aparece como uno de los elementos centrales en la espiritualidad de Teresa.
2. Teresa la sitúa en aquellos mismos puntos que lo hace S. Juan de la Cruz, maestro indiscutible de la misma.
3. No pocos contenidos de ésta también son coincidentes con los de Juan de la Cruz. Señalamos algunos:
 - a. Sensación de que Dios no es para ella.
 - b. Sentimiento de estar reprobada por Dios.
 - c. No está claro si en la experiencia del infierno padeció la noche pasiva del sentido sólo o también la del espíritu.
 - d. ¿Fue experiencia de condenación o de purificación (infierno o purgatorio)?
 - e. Durante la noche nada ni nadie podía procurarle un atisbo de luz. Ni el teólogo ni el acompañante espiritual ni la lectura de un libro.
4. También aparecen en Teresa otros tipos de noche menos agresivos, a los que se refiere Juan de la Cruz.
 - a. Experiencia de un Dios lejanísimo.
 - b. Sed insufrible de ese Dios que no se le entrega ya.
 - c. Sequedades profundas en el alma, como la acaecida un día de Resurrección.
 - d. De la noche pasiva del sentido tenemos clara constancia en las Terceras Moradas.
 - e. De la noche activa del sentido las referencias se pueden encontrar a lo largo de toda su obra, cuando exhorta a buscar al Señor sin hacer asiento en los gustos espirituales, abrazados con la cruz que él llevó.

- f. La noche activa del espíritu se refleja en numerosísimas enseñanzas referidas a la vivencia de las virtudes y, sobre todo, a llevar una existencia al estilo de la del Señor. Fe e Iglesia como centros referenciales son claves en su espiritualidad.
5. Esta reflexión nos obliga a repensar algunos puntos esenciales del pensamiento-vivencia teresianos, como serían: Dios, Cristo, Iglesia, experiencia, hombre, mundo, vivir cristiano, significado de la mística, y otros.